

Rompiendo códigos de Luciano Tomassini*

■ Andrés Bianchi **

Esta obra póstuma de Luciano Tomassini tiene un título un tanto críptico –*Rompiendo códigos*– y su dimensión es algo intimidante: 674 páginas. Además, si estas tuviesen un formato más normal –con menos líneas por página y menos palabras por línea– su extensión sería considerablemente mayor.

Se trata pues de un libro grande, al cual el autor, con su a la vez rara y proverbial modestia, insiste en llamar «este ensayo», denominación que –sospecho– Montaigne, el creador de dicho género literario, no compartiría totalmente...

Pero, además de grande, este es un gran libro, enormemente ambicioso, revelador de la extraordinaria erudición de su autor y cuya lectura es fascinante. Por ello, conviene decir desde la partida que es imposible hacer justicia a sus múltiples méritos en el breve tiempo de que disponemos.

El tema central de *Rompiendo códigos* es el análisis del cambio que representa la cultura de la posmodernidad respecto de la llamada modernidad madura.

Según el autor, ese cambio –que la cultura del mundo occidental ha venido experimentando en el transcurso de los últimos cuarenta años– podría ser el más radical y profundo en toda la historia de esta, desde sus orígenes en la época de la Grecia Clásica.

* Flasco, Santiago, diciembre de 2010.

** Economista, ex presidente Banco Central de Chile. Vicepresidente BCI

Para sustentar esta afirmación –no exenta de audacia–, él distingue dos etapas en la evolución general de la modernidad.

La primera corresponde a la modernidad temprana, asociada al Renacimiento y el humanismo y que marca la ruptura con la cultura medieval.

La segunda es la modernidad madura, cuyo origen se remonta a Descartes y a la Ilustración y que en buena medida dominó el pensamiento filosófico de Occidente en el siglo XIX.

Esta distinción es de crucial importancia pues la reacción posmoderna es contra la modernidad madura, no contra la modernidad del Renacimiento. Es más, la posmodernidad aspira, en no pocos aspectos, a asimilarse a ciertas características de la cultura renacentista y en especial a recuperar su espíritu inquieto y libertario.

Como se sabe, la cultura del Renacimiento estuvo marcada tanto por su firme inclinación a prescindir de cánones o modelos previos como por la pasión por inventar un mundo nuevo. Se basaba en una razón imaginativa, creadora y transgresora y fue encabezada por individuos inquisitivos, particularistas y libertarios. Así, y como subraya el autor, la modernidad generada por el Renacimiento fue audaz, abierta, creativa y flexible.

Estos rasgos contrastan nítidamente con los de la modernidad madura, cuya fuente de inspiración y rasgo dominante fue un racionalismo extremo que supuso que la realidad tenía una estructura fija y permanente, encarnada en la naturaleza de las cosas y susceptible de ser revelada a los hombres por la razón; que creyó en la universalidad de los valores y de las verdades fundadas en esa naturaleza; y que pretendió construir la realidad de acuerdo con ideas o modelos generales concebidos de antemano. De hecho, para la Ilustración la razón desempeñó el rol que la religión había jugado en el pasado y para ella la naturaleza y la razón se encontraban siempre en armonía. En definitiva, lo que ella se propuso fue dar una explicación racional del mundo y de la historia, noción que a su vez imprimiría gran inflexibilidad al pensamiento filosófico y ético del mundo moderno.

Es en oposición a este racionalismo excesivo y rígido que surge la respuesta posmoderna, cuyos gérmenes aparecen ya en los albores del siglo XX; que se manifiesta en forma más

clara en el período entre las dos guerras mundiales; y que se extiende y fortalece en el último tercio del siglo pasado.

La posmodernidad niega el carácter exclusiva y absolutamente racional del mundo o de la realidad y rechaza el valor de las ideas universales y abstractas como la fuente o el paradigma de las cosas. Para ella, estas existen en un contexto de singularidad y fugacidad; frecuentemente no son lo que parecen; a menudo cambian de significado o en un mismo momento poseen más de un sentido. El mundo aparece así marcado por la ambigüedad, la contradicción, la heterogeneidad y la permanente presencia de más de una alternativa. En contraste con la cultura moderna – que privilegió la homogeneidad, la coherencia y la estabilidad de las cosas – la visión posmoderna se siente cómoda frente al desorden, la diversidad y el cambio que aquellas presentan incesantemente. Por ello, de la nueva sensibilidad no cabe esperar tanto definiciones de las cosas como puntos de vista acerca de ellas y se singulariza más por aquello que rechaza que por lo que afirma.

Sin embargo, el mérito principal de este libro no es, en mi opinión, su extenso y lúcido análisis de las rupturas que, desde el punto de vista de las ideas, representaron el Renacimiento con respecto a la Edad Media; el racionalismo de la Ilustración en relación con la cultura del humanismo renacentista; y la revuelta posmoderna contra los principios centrales de la modernidad madura, análisis del cual se han seleccionado los conceptos anteriores.

A mi juicio, los dos principales atributos de esta obra son el inmenso desafío intelectual que ella se plantea y el enfoque elegido para enfrentarlo.

En efecto, a fin de situar en su contexto histórico el tránsito desde la cultura del Renacimiento a la de la modernidad madura y de esta a la de la posmodernidad, el autor asume –y en mi opinión supera con éxito– un reto colosal, que es nada menos que el de analizar las principales fuentes, etapas, transformaciones, rasgos distintivos y expresiones del pensamiento de Occidente en los últimos 2500 años.

Y como si este desafío no bastara, él es abordado desde una perspectiva auténticamente multidisciplinaria, que incluye no solo la filosofía, la religión, la política, la historia, la eco-

nomía, la antropología y la sociología, sino también el arte y la literatura, la psiquiatría, la semiótica y la hermenéutica.

Por estas características y asimismo por los casi enciclopédicos conocimientos de su autor, la cantidad y riqueza de los temas, procesos y protagonistas analizados en *Rompiendo códigos* y el número y diversidad aún más abrumadores de obras y autores citados o comentados son simplemente asombrosos.

Y es precisamente por estas características que la lectura de esta obra –de título un tanto críptico y de extensión algo intimidante– constituyó para mí tanto una experiencia enormemente instructiva como un genuino placer intelectual.

Y es por ello, también, que me atrevo a recomendarles enfáticamente su cuidadosa lectura.

Permítanme concluir estos breves comentarios con algunas reflexiones de carácter más personal.

Pienso que una obra de la envergadura y complejidad de *Rompiendo códigos* no la concibe, no la emprende, ni la concluye exitosamente, cualquier intelectual, académico o profesor universitario.

Para ello se requiere alguien que sea un lector infatigable y que tenga una insaciable curiosidad intelectual, una inusual disposición para cruzar las fronteras de muchas disciplinas y una notable capacidad para integrar en forma inteligente los aportes y visiones que ofrece cada una de ellas.

Alguien que combine la audacia necesaria para aventurarse en proyectos culturales supremamente ambiciosos con la perseverancia y laboriosidad que es indispensable poseer para llevarlos a buen término.

Alguien con una mente tolerante y abierta y que valore altamente la diversidad de enfoques y puntos de vista existentes sobre temas que son de suyo opinables.

Alguien con una auténtica inclinación a indagar, preguntar y escuchar y con una aversión igualmente clara a pontificar o a emitir juicios arrogantes, dogmáticos o carentes de fundamento.

En suma, para escribir un libro como este, se necesita alguien con la inteligencia, la cultura, el equilibrio, la tenacidad y la sabiduría excepcionales de Luciano Tomassini.